

LA CAMPAÑA DE CAAGUAZU

MARIA ESTHER ALBONICO.

Antecedentes:

Corría el año 1840 en la Confederación Argentina, donde el gobernador de Buenos Aires ejercía un poder omnímodo. Varios alzamientos habían procurado sacudir el yugo porteño, pero una tras otra las sucesivas represiones consolidaron el sistema implantado.

La actitud del general D. Juan LAVALLE de cruzar el Paraná con las fuerzas que Corrientes había puesto a su disposición, en expresa contradicción a las órdenes del gobernador D. Pedro FERRE de quien dependía, sumieron a esta provincia en una situación sumamente crítica. En efecto: alejado el "Ejército Libertador" en su marcha a Buenos Aires, quedó completamente desguarnecida, sin hombres ni recursos bélicos y a merced del gobernador de Entre Ríos, general Pascual ECHAGÜE, principal bastión de la política rosista en el litoral.

En aquellos momentos de angustiosa incertidumbre fue providencial la presencia del veterano guerrero de la independencia D. José María PAZ, recientemente fugado de la prisión porteña; quien a principios de agosto y ya como general en jefe del Ejército "de Reserva" Correntino se entregó por entero a la tarea

de reclutar e instruir milicias en el campamento de Laguna AVALOS. Son incontables las dificultades de todo género que debió afrontar: a la escasez de medios y elementos se sumaba la demoralización pública, consecuencia de las derrotas anteriores de Pago Largo y Sauce Grande.

Apenas iniciada la difícil tarea y antes de finalizar aquel agitado mes, la provincia se conmueve al comprobar el avance sobre su territorio de las victoriosas huestes entrerrianas. El general PAZ gracias a un descomunal esfuerzo está en condiciones de entorpecer la ofensiva que aguardaba... cuando, lleno de asombro advierte el retiro de las tropas invasoras. La razón es muy simple: el general ECHAGÜE enterado que las fuerzas de LAVALLE luego de una marcha retrógrada desde la campaña bonaerense habían logrado tomar la ciudad de Santa Fe, acudió de inmediato a defender el territorio de su mando, imaginándolo amenazado. Pero de cualquier forma era evidente que fue sorprendido por las múltiples medidas adoptadas para dificultar su marcha en territorio correntino, que lo obligarían a librar un encuentro bélico de regular importancia para someter a la provincia, el cual ya había descartado de antemano.

“No sé como expresar la actividad del general PAZ en todos los ramos de la milicia — escribía FERRE por entonces — juzgo que con dificultad se encontrará otro igual para organizar y disciplinar un ejército; burló la invasión de ECHAGÜE, consiguió que se retirara y lo mirase con respeto”.(1)

En los meses que siguieron, no pudiendo aún tomar la iniciativa el general José María PAZ pone en práctica un plan defensivo, conteniendo las esporádicas avanzadas federales con el sistema de guerra de partidas, y se concentra en el norte de la provincia, despoblando los departamentos del sur a modo de “glacis defensivo”.

Mientras tanto ECHAGÜE, pasado el peligro, permanecía no obstante inactivo en Entre Ríos; ahora que nada podía temer del general LAVALLE, dudaba de la adhesión del gobernador santafecino D. Juan Pablo LOPEZ y de la actitud del presidente uruguayo D. Fructuoso RIVERA, identificado con la causa con-

(1) Pedro Ferré, Memorias; Buenos Aires 1921, p. 133.

traría. Esta continua indecisión de D. Pascual ECHAGÜE — el error más grave de su carrera militar — motivó el vuelco total de la situación planteada; sin querer desaprovechó un tiempo precioso que utilizado al máximo por el jefe enemigo, le arrebató de las manos la victoria segura.

En efecto, de inmediato se prosiguió con la paulatina transformación de las fuerzas de Corrientes que en aquellos momentos no eran más que un conjunto confuso de vecinos patriotas, sin armas, disciplina, jefes ni oficiales. He aquí un ejemplo de la voluntad incansable y constante dedicación del general en jefe, reflejado en "El Nacional Correntino" del domingo 9 de enero de 1842:

"Durante las marchas, y en las horas que podían robarse a la vigilancia del enemigo, el general PAZ, con esa actividad incansable que se le conoce, se ocupaba en la educación del oficial y del soldado; porque no tenía ni oficiales ni soldados, y con la misma pluma con que trazaba proclamas llenas de fuego llamando a los habitantes a la defensa del país, escribía un tratado de guerrillas, modelo de precisión y de lenguaje militar, que servía de texto en la academia con que instruía cada noche a sus oficiales, en los rudimentos del arte de la guerra. Durante el día mantenía a sus tropas en frecuentes ejercicios y repartía premios al soldado más certero en el tiro de fusil o más diestro en el manejo de la lanza".

Tantos sacrificios no fueron vanos y los bisoños "escueletos" se convirtieron en auténticos soldados, capaces de disputar el triunfo al mejor regimiento veterano.

Llegamos así a mediados del año 1841, en cuyo transcurso van cediendo paulatinamente al poder de ROSAS los distintos focos opositores. En el mes de septiembre, con las derrotas sucesivas de LAVALLE en Famaillá (día 19) y de LA MADRID en Rodeo del Medio (el 24) se pierden las regiones del Norte y Cuyo respectivamente. Sólo en el Litoral se mantiene encendida la llama de la libertad; pero desde julio se reúne en Villaguay el futuro ejército invasor de Corrientes.

Alianzas Previas:

En tanto, el gobernador correntino — viejo paladín del verdadero federalismo — orientó su política en procura de alianzas para robustecer más la postura adoptada e incrementar el comercio, esencial fuente de ingresos. Teniendo presente que la constante oposición de Corrientes al Gobierno porteño — antes y después de ROSAS — radica en una razón económica: la libre navegación de los ríos Paraná y Uruguay, para colocar directamente sus productos en los mercados extranjeros; es fácil comprender por qué, cerrada la salida por Buenos Aires, se persiguió otra vía pactando con los países vecinos, el Estado Oriental primero (agosto de 1840), el Paraguay después (julio del 41). No obstante, si algún papel desempeñarían los mismos en la próxima contienda, éste sería meramente auxiliar; pues se conservaba expresamente la iniciativa, dirección y ejecución de la guerra en manos argentinas. El presidente uruguayo D. Fructuoso RIVERA, por ejemplo, se comprometió según uno de los artículos de la convención a “prestar todos los auxilios, equipos, pertrechos y recursos que la provincia de Corrientes pueda necesitar en la presente lucha”, cosa que es remarcada todavía más por D. Pedro FERRE al incluir la salvedad que sigue, previa a la ratificación:

“El gobierno de Corrientes se reserva el ejercicio pleno de todos los actos anexos e inseparables de la soberanía de la provincia, y declara que la convención no debe afectar en manera alguna los derechos que competen a la Nación Argentina de que Corrientes es parte integrante” (2).

Por tanto el beneficio concreto que se obtuvo de esta unión — salvo una partida de armas facilitada en los primeros instantes — fue la apertura del mercado uruguayo, a través del cual la provincia importaba elementos bélicos y exportaba en cambio mulas y cueros de su producción.

En los momentos inmediatos a la batalla, se firma una tercera alianza, esta vez con la provincia de Santa Fe, cuyo gobernador D. Juan Pablo LOPEZ, comprendiendo que D. Juan Manuel de ROSAS no le perdonaría la tibieza manifestada últimamente, rom-

(2) Manuel Florencio Mantilla, “Crónica Histórica de la Provincia de Corrientes”; Buenos Aires 1929, T. II, p. 50

pe de una vez por todas con su antiguo protector, sin aguardar siquiera el resultado del encuentro. El tratado se celebró en Saladas el 5 de noviembre, especificando en su artículo primero:

“Queda establecida entre los gobiernos de Santa Fe y Corrientes una alianza ofensiva y defensiva, cuya base es la unión contra el tirano usurpador D. Juan Manuel de ROSAS; y su objeto la paz, libertad y organización de la República por el libre voto de los pueblos”. (3)

En consecuencia — y como repitiera D. Justo J. de URQUIZA en el **Pronunciamiento** — el gobierno santafecino retiró al de Buenos Aires la autorización conferida para desempeñar relaciones exteriores de la Confederación Argentina.

Mas llegado el momento de actuar, cada uno de los Gobiernos comprometidos, haciendo gala de egoísmo localista, trató de sacar en su provecho el mayor partido posible de la situación; por lo tanto en la emergencia Corrientes contó única y exclusivamente con sus propios recursos.

Refuerzos:

En los primeros días de noviembre de 1841 se incorporaron a las filas antirrosistas los restos del “Ejército Libertador” de LAVALLE, que luego de sucesivas derrotas y hasta la pérdida de su general, lograron retornar a la tierra natal desde Salta, dando un dificultoso rodeo por el Chaco, en 21 jornadas de marcha por territorio inexplorado.

La columna, mandada por el coronel José Manuel SALAS, era valiosa por los jefes experimentados que la constituían y la calidad de los soldados forjados en medio de las privaciones de la campaña.

Pedro FERRE en sus memorias pone de manifiesto el alto grado de valor y abnegación que poseían estos hombres:

“Me hallaba en la villa de Saladas de regreso del ejército cuando recibí la noticia de la llegada de esta gente, por lo que bajé inmediatamente a la capital, y cuando el pueblo creía, con razón, que aquélla gente no concurriría tan pronto al ejército por lo cansada que parecía de sus

(3) Leandro Ruíz Moreno, “Centenarios del Pronunciamiento y de Monte Caseros”; Paraná 1952, T. I, p. 108.

trabajos, apenas me aproximé ante ellos y les hice presente que se acercaba el momento de dar una batalla, a que la convidaba, cuando con un patriotismo inaudito, de allí mismo querían marchar al ejército para ayudar a salvar a la patria, antes de ir a ver a sus familias después de dos años de penurias y sacrificios". (4)

Dos días después se incorporó la división al Ejército de Reserva — excepto el escuadrón de santafecinos, que con sus jefes OROÑO y ALDAO pasaron a engrosar los efectivos de esta provincia — y pudo compartir también la gloria de Caaguazú.

Estrategia y Acción:

Ya era inminente la acción decisiva. ECHAGÜE se había movido sobre Corrientes y PAZ se adelantó hasta la margen superior del río epónimo que vino a separar ambos contrincantes.

En aquel tiempo el general PAZ que había empezado a despreciar militarmente a su rival en vista de los errores cometidos, confiaba sobremedida en su capacidad estratégica superior, sabiendo que si lograba sacar partido de las circunstancias y suplir con arte la deficiencia castrense de sus tropas, a través del perfecto empleo de cada una de las tres armas y la rigurosa coordinación de todas en una acción conjunta meditada matemáticamente, equilibraría la partida; y si además podía escoger el campo propicio y aprovechar su conformación geográfica, el triunfo sería infalible.

Pese a los repetidos amagos de cruzar la barrera fluvial que los apartaba, el ejército entrerriano permaneció inmóvil en la orilla derecha. JOSE MARIA PAZ reflexionando sobre este punto, dice en sus memorias:

“No puedo discernir hasta ahora si ECHAGÜE pensó seriamente en pasar el río Corrientes. Verdad es que a falta de botes o canoas mandó construir dos botes de cuero, que es bien sabido que suplen perfectamente. Es cierto también que varias veces aproximó sus columnas a la ribera del río, aparentando la intención de atravesarlo; pero esto fue todo, porque muy luego se retiraba

(4) Ferré, cit.; p. 135.

y volvía a sus posiciones. El río estaba a nado, sin duda, pero... nadie ignora que los entrerrianos son casi tan nadadores como los correntinos...

Sin embargo, me persuadí de que no lo intentaría y de que si habíamos de combatir en una batalla era preciso que yo me anticipase". (5)

En vista de ello, el general en jefe del ejército correntino, resuelve tomar la ofensiva para librar un combate a su manera, y atraviesa el río Corrientes. La operación efectuada en la noche del 26 al 27 de noviembre por varios pasos, se realizó en la siguiente forma:

"Luego que la división había llegado a la orilla del río, formaba en batalla o por escuadrones, si el terreno lo permitía y desensillaban; los hombres se desnudaban, y haciendo una especie de cajón, que es lo que llaman "pelota", con la carona de cuero, cuyo uso es casi general, depositaban en ella sus armas y municiones, su ropa y montura, sin exceptuar la valija, el que la tenía; a este cajón o "pelota" se aseguraba una cuerda de cuero, por la cual tira el nadador. Hecho esto y colocado el soldado a la orilla del río, monta a caballo en pelo y hace entrar al animal en el agua; mientras el caballo hace pie, va montado; mas, cuando empieza a nadar, se tira el jinete a su lado y le agarra de la crin o de la cola, sin abandonar la pelota que llega a la banda opuesta, sin haberse mojado lo que va dentro. Para esto es preciso que el conductor sepa no solamente nadar, sino conducir el caballo, porque es bien general que este se vuelve atrás, manotea, y puede sumergir y matar al jinete...

...los hombres que no sabían nadar y principalmente los oficiales de otras provincias, eran auxiliados con las canoas". (6)

Y se puso tanto cuidado en hacerlo, que el ejército federal, que acampado unas leguas al norte descansaba de las inútiles fatigas de ese día, ni advirtió el cruce hasta que tuvo sobre sí la vanguardia enemiga. Pero aunque magistralmente ejecutada

(5) José María Paz, "Memorias Póstumas"; Buenos Aires 1954, T. II, p. 192.

(6) Idem.; p. 193.

la maniobra no dejó de tener su riesgo: ahora el Ejército de Reserva tendría que luchar en inferioridad numérica y con un caudaloso río a sus espaldas, situación difícil que se tornaría fatal en caso de una derrota.

Al mediodía del 27 hubo un intento de combate cuando la vanguardia correntina dirigida por el coronel D. Faustino VELAZCO que se había adelantado cumpliendo con un primitivo plan de atraer en persecución a una sola división entrerriana para batirla por separado, dividiendo y desmoralizando al adversario, tomó contacto con éste. Pascual ECHAGÜE actuando con más prudencia que habilidad no destacó parte alguna de sus fuerzas, por el contrario, manteniéndoles unidas se precipitó con el grueso sobre el regimiento que los provocaba, y el intento fracasó. No obstante, VELAZCO sorprendido trataba de sostenerse mientras aguardaba los esfuerzos requeridos con insistencia. Las sucesivas partidas de refresco que así se le agregaron desconcertaban a D. Pascual, quien ignorando aún el pasaje total del ejército enemigo a la ribera sur, no alcanzaba a comprender su origen ni procedencia.

Durante toda la noche persistió el tiroteo pero sin llegar en ningún momento a tomar mayores dimensiones, aunque adquirió características muy singulares como esta:

"...fue primero una compañía, luego dos y tres hasta un batallón, cuyo auxilio reduplicó el fuego, en términos que parecía una batalla dada a seis u ocho cuadras del cuerpo principal. Era un espectáculo curioso, por no decir magnífico, ver en la extensión de dos o tres mil varas, batiéndose en la oscuridad de la noche, dos cuerpos numerosos, cuyos fogonazos equivalían a una vistosa luminaria. Por otra parte, el ruido de la mosquetería, el sonido de los clarines y cornetas, que se dejaban oír con frecuencia, no pocos gritos y voces de mando, con el estrépito de los caballos, daban a la escena un aspecto solemne y particular" (7).

Amaneció el 28 y con las primeras luces quedó descubierta la realidad. El calor intenso se acentuaba y ocupando desde la

(7) Idem.; p. 196.

víspera las tropas correntinas, la ribera, las federales se vieron privadas por completo de agua; extenuadas por el cansancio, la sed y la elevada temperatura, la misma desesperación los impulsó a buscar resueltamente el encuentro decisivo.

Iban a medirse dos ejércitos distintos: uno de veteranos, más numeroso (5.000 hombres), mejor pertrechado, más aguerrido y con mejores recursos ofensivos; el otro inferior en número (apenas 3.200) pero superior en decisión, entusiasmo y dirección. Entrerrianos y correntinos protagonizarían el encuentro de Caaguazú donde — según opinión del propio PAZ — “se jugaría la suerte de la revolución argentina, destruyendo o aumentando las únicas esperanzas que quedaban a los amigos de la libertad” (8).

El general D. José María PAZ, que una vez más se reveló como táctico excelente, dispuso aprovechar al máximo los accidentes del terreno explorado cuidadosamente. A la altura del paso de Caaguazú había un estero, de los que abundan en Corrientes, que llegando casi hasta la orilla dejaba solamente un estrecho paso entre ambos. Para reforzar tal obstáculo natural situó frente a la entrada la división del general Angel NUÑEZ y ocultos entre los arbustos del costado a los tres regimientos de infantería mandados por el coronel Miguel VIRASORO: “Republicano”, “Voltígeros” y “Cazadores”. Sus líneas ocultas al enemigo tras el estero se disponían en la siguiente forma: 4ta división a la derecha, infantería en el centro, y a la izquierda 1ra y 3ra división y reserva.

Por su parte ECHAGÜE desplegó sus tropas en este orden: las divisiones de vanguardia a la derecha, infantería y artillería en el centro y caballería a la izquierda.

NUÑEZ inició la batalla enfrentando a la derecha federal al mando del general oriental Servando GOMEZ, y producidas las primeras cargas simuló retirarse entrando en el paso formado por el río y el estero. GOMEZ instintivamente lo persigue creyéndole en derrota, y se introduce también en el embudo que al estrecharse cada vez más le hace perder formación y libertad de movimiento. En esos momentos de confusión aparecen las tropas emboscadas abriendo fuego cruzado sobre ellos y sembrando el

(8) Idem.; p. 192

pánico en sus filas. Los soldados sorprendidos atinaron de golpe a salir lo antes posible del encierro, pero lo hicieron en forma tan precipitada que atropellándose entre sí, hiriéronse muchos. La poderosa caballería federal del ala derecha había sido vencida; y al poner fuera de combate al cuerpo principal del enemigo, se dirimió en este punto el resultado final del encuentro.

Mientras tanto, y prosiguiendo con el plan ideado, NUÑEZ al replegarse acudió a reforzar el flanco derecho de los libertadores, mandado por el general Vicente RAMIREZ, que atacaba a la izquierda federal; pero no tuvo mucho que hacer allí puesto que a su llegada la caballería enemiga, dispersada y acribillada, también huía.

Los centros, aún intactos, jugaron la última parte de la disputa. El general ECHAGÜE con nueve piezas de poderosa artillería, que mandaba el teniente coronel Juan Bautista THORNE, hubiera podido imponerse sin dificultad a los cuatro cañoncitos del general PAZ, los que resistieron los primeros embates solamente porque estaban guarnecidos bajo un repliegue del terreno que les servía de defensa; pero al ver a sus dos flancos en desbande, THORNE ni siquiera intentó un ataque frontal y tomó la retirada.

Un jefe experimentado como lo era D. José María PAZ, sabía que un triunfo para ser total tiene que terminar evitando la fuga del adversario e impidiéndole rehacerse, en cuyo caso podría volver a enfrentarlo y esta vez con mejor suerte. Es necesario, por consiguiente, acabarlo gracias a una terrible persecución, que sin darle tregua lo obligue a caer prisionero o rendirse para salvarse de la muerte ineludible. Y sin pérdida de tiempo se dispuso a ponerlo en práctica en este caso.

En la carrera tan acelerada los vencidos fueron abandonando paulatinamente los cañones, carretas, parque y bagajes; y acosados en forma tenaz tuvieron que entregarse al fin, extenuados de fatiga y de sed.

El general vencedor anotó en su parte de batalla:

“La mortandad del enemigo es grande, y tenemos hasta la fecha prisioneros en nuestro poder los jefes y oficiales cuya lista acompaño y 1.800 hombres de tropa.

Nuestra pérdida es pequeña, y sin embargo, hemos sufrido la muy sensible de los valientes oficiales D. Ambrosio ZARATE, D. Bruno GONZALES, D. José B. CABRAL, y el alférez D. Julián LEMOS, que murieron gloriosamente”.

Recuerda, más adelante, el mérito que cupo a su ejército del que se enorgullece:

“La heroica provincia de Corrientes debe gloriarse de tener tan dignos defensores y de contar entre sus hijos los valientes soldados que han sabido humillar a tan orgulloso enemigo y hacer triunfar la justicia y la dignidad de la República Argentina” (9).

Sin embargo, la mayoría de los principales jefes entrerrianos lograron llegar a salvo a su provincia. El mismo comandante en jefe fue de los primeros en abandonar el campo al comprobar la derrota, desentendiéndose por completo de sus huestes; y refiere un contemporáneo que “no tiró la rienda de su caballo hasta la ciudad de Paraná, sin haberse detenido más que para mudar de montura donde le fue posible, embarcándose inmediatamente rumbo a Buenos Aires” (10).

Los prisioneros que llegaron casi a 2.000 hombres fueron tratados con urbanidad; ninguno fue fusilado y ni siquiera se toleraron insultos y malos tratos, a pesar de estar frescos los atroces excesos de Pago Largo. El único desahogo que permitió — escribe PAZ — fue que cuando traían al cuartel una partida de prisioneros para ser llevada al depósito, la multitud que los había rodeado les gritaba en coro: “¡Al chiquero! ¡Al chiquero!”, aludiendo a lo que los enemigos les decían en las guerrillas cuando tenían que cederles el terreno (11). No cabe duda que fue esta “una batalla sangrienta pero humana” (12).

El resultado consignado en el parte oficial especifica que el ejército rosista quedó pulverizado, toda su artillería e infantería

(9) Ferré, cit.; p. 715.

(10) Antonio Cuyás y Sampere, “Apuntes Históricos sobre la Provincia de Entre Ríos en la República Argentina”; Barcelona 1889, p. 58.

(11) Paz, cit.; p. 204.

(12) Valerio Bonastre, “El Ejército Libertador Correntino”; Buenos Aires 1941, p. 204.

prisionera y la caballería dispersa (13). Triunfo rotundo, pues ocurrido en la provincia de Corrientes ni siquiera da lugar a organizar la resistencia en Entre Ríos.

Tal fue la jornada de Caaguazú, que como bien dijera D. Juan B. ALBERDI sólo tenía por antecedentes desastres y derrotas, pobrezas y defecciones y que no se explica sino por la virtud y por el genio (14).

Puede pues, aceptarse plenamente el juicio de D. Pedro FERRE que atribuye el éxito al valor de los soldados correntinos y al talento de su general (15), ya que los aliados — como señalara más arriba — permanecieron ajenos a la lucha hasta el momento de sacar partido de su feliz resultado. Las instrucciones dadas al gobernador de Santa Fe indicaban invadir Entre Ríos y tomar su capital indefensa, maniobra que hubiera cortado las comunicaciones, retirada y posible apoyo al ejército rival, aislándolo en un territorio despoblado y hostil; seguramente entonces, para contrarrestar la desmoralización de sus hombres que veían en peligro sus propios hogares, el general ECHAGÜE hubiera destacado un cuerpo en auxilio de la ciudad ocupada, y así dividido sus fuerzas, que sería más fácil batir por separado. No sólo permaneció ajeno a ello LOPEZ, sino que ni siquiera intentó dificultar la huída del gobernador de Entre Ríos y el embarco de los caudales públicos de la provincia; como tampoco antes había tratado de impedir, o perturbar al menos, las relaciones y remesas de caballos que pasaban por Santa Fe enviados a ORIBE desde Buenos Aires. Recién abandonó la capital santafecina en busca de un refugio más seguro, cuando el ejército federal que bajaba del norte estuvo en las inmediaciones; en fin, con esto D. Juan Pablo LOPEZ “acabó de mostrar que sólo en el apellido se asemejaba a su finado hermano D. Estanislao” (16).

D. Fructuoso RIVERA hizo otro tanto; apareció cuando ya no hacía falta, “mejor dicho cuando sobraba” (17), invadiendo

(13) El número de muertos, heridos y prisioneros de ambos bandos puede leerse en: Mantilla, cit.; T. II, págs.66 y 67, nota 51.

(14) Juan Bautista Alberdi, “La Batalla de Caaguazú”, en *Obras Selectas*; Buenos Aires 1920; T. II, p. 354.

(15) Ferré, cit.; p. 135.

(16) Idem.; p. 156.

(17) Enrique Barba, “Las Reacciones contra Rosas”, en *Historia de la Nación Argentina*, Academia Nacional de la Historia; Buenos Aires 1951, T. VII, 2da secc., p. 480.

territorio entrerriano para arrebatarse los frutos del triunfo a los vencedores y proveer a su tierra de abundante ganado, obtenido en las estancias ubicadas sobre el río Uruguay.

Significado de Caaguazú para la Emigración Argentina:

Es de imaginar que una acción de tanta trascendencia repercutió vivamente en el ánimo de los proscriptos que en los países vecinos aguardaban la caída de D. Juan Manuel de ROSAS para volver a la patria. Difundida rápidamente la noticia, se celebró con desbordante alegría en los más alejados rincones donde se cobijaban los argentinos en desgracia. El veterano general LA MADRID, por ejemplo, se sintió de pronto rejuvenecido, y eufórico como en sus épocas más gloriosas festejó la victoria hasta agotar sus fuerzas; "corrí como un joven por las calles" señala, y añade refiriéndose a la capital boliviana: "toda la ciudad se alborotó y tomó parte en nuestro regocijo" (18).

De todas partes llueven cartas felicitando al admirado vencedor y en sus renglones palpita la esperanza de un futuro brillante y feliz. El 3 de enero de 1842 desde Chile escribe al general José María PAZ el doctor D. José BARROS PASOS:

"A la fecha estará usted ocupando el Entre Ríos... No he dudado por un momento de que el ejército de su mando obtendría una victoria decisiva y completa sobre el entrerriano, y ya sobre esta base me he atrevido a vaticinar que si RIVERA coopera con todos sus esfuerzos, y es usted el que dirige la empresa este año será usted el Libertador de nuestra patria" (19).

El mismo día al enviarle también sus congratulaciones, D. Domingo de ORO finalizaba sus líneas con una confianza plena, que ya repetían todas las bocas:

"...sin desconocer la magnitud y calidad de la empresa que tiene sobre sus hombros, esperamos del cielo y de usted, rogamos a Dios, y ruegan hasta los incrédulos, por un buen lucero; y todos, todos confiamos en usted" (20).

(18) Gregorio Araoz de La Madrid, "Memorias"; Buenos Aires 1968, T. II, p. 216.

(19) Archivo General de la Nación, VII (1-7-5), Archivo Paz.

(20) Idem. VII (1-7-5).

Con el correr de los días se van alimentando las ilusiones ya casi totalmente olvidadas, y nadie duda del inminente fin de la tiranía. El brigadier general D. Ignacio ALVAREZ THOMAS solicita la presencia de su hijo en Montevideo para que pueda cooperar en la última y definitiva batalla contra ROSAS que seguramente se libraría en Buenos Aires; a quien insiste:

“Son de esperar grandes y felices acontecimientos que den por resultado la caída del feroz tirano que despedaza a nuestra ensangrentada patria”.

“¡Que cuanto antes llegue este momento!, para vengar los ultrajes de la doliente humanidad. Ven pues a completar tu gloria que quizá llegues a tiempo” (21).

Entre las fantásticas historias que se tejen tan fácilmente, va tomando cuerpo la de una sublevación en la misma campaña bonaerense. Las presuntas noticias llegan hasta D. Pedro FERRE, quien se apresura a comunicarlas al comandante de su ejército:

“...desde San Salvador escriben al rector de los jesuitas con fecha 16 de diciembre último, que en Buenos Aires ha habido una sublevación entre las tropas de ROSAS, que para sofocarla hubieron muchos muertos, entre los que se cuenta el hijo de ROSAS que era comandante de su escolta; que ROSAS ha delegado o abdicado el mando en ARANA; que se han mandado quitar los retratos de las divisas, y ordenado a los serenos que no canten más la cantinela de “mueran los unitarios”; y que todo es a consecuencia de la batalla de Caaguazú...” (22).

Los exiliados de alguna manera se reconfortan con estas nuevas, y sin pensarlo adhieren a los rumores más absurdos que se transmiten con una rapidez inusitada. Se dice por ejemplo, que ORIBE y PACHECO fueron completamente derrotados en un sangriento combate de tres días, que ROSAS ya no tiene ejército porque todos lo abandonan, que hasta caerá solo sin necesidad de derrotarlo en el seno de su provincia. Confirma aún el optimismo, la veracidad de ciertos sucesos como la insurrección de las tropas del general ALDAO destinadas a tomar Santa Fe

(21) Museo Histórico Nacional, legajo 22, documento 2415.

(22) Archivo General de la Nación, VII (1-7-5), carta del 3 de enero de 1829.

y la penetración en Córdoba del coronel SALAS, comisionado por PAZ (23).

En todas partes se cree ver estallar la revolución, y con ella renacer la causa de la libertad que tan sólo, unos meses antes, parecía irremisiblemente perdida.

Pero los hechos se suceden vertiginosamente y distan mucho de producir los efectos esperados; poco a poco se van desvaneciendo las ilusiones. Una vez más se difunden rumores disparatados, sólo que ahora tienen un cariz muy distinto: lejos de aliviar los funestos presagios, desconciertan. Tan pronto se acusa a PAZ de retardar las operaciones perdiendo el tiempo en preparar un ejército a su gusto, como se lo compadece capturado por las autoridades federales, según la versión de varios periódicos chilenos entre los que se cuenta *El Mercurio*. Por primera vez circula la dramática noción de desinteligencias entre el gobernador correntino y el general de su ejército, los dos grandes pilares de la causa liberal. Se desencadena la tragedia por momentos presentida y estos hombres tan proclives a dejarse llevar por impresiones fugaces, se desengañan ahora con la misma rapidez con que se ilusionaron antes. Pero no tardaría en conocerse la verdadera situación, no menos trágica...

Consecuencias de la Batalla:

La rotunda victoria de Caaguazú, que en su momento tuvo amplia difusión continental, afirmó el renombre de un general argentino y luego fue objeto de estudio en las escuelas militares; en lugar de acabar con la tiranía — lo que se suponía su más lógica consecuencia — produjo efectivamente el lamentable distanciamiento de las dos cabezas que la habían hecho posible: el gobernador de Corrientes, por un lado, y el comandante del "Ejército de Reserva", por el otro. La razón estriba en los modos diferentes de interpretar la empresa que los había unido en una labor común.

Para el general PAZ la campaña sólo podía terminar en Buenos Aires, eliminando la causa de los males que afligían a la República, y por lo tanto Caaguazú era el primer paso en pos de ese objetivo. Su fin último era la organización nacional, lógico corolario de la independencia, que ROSAS imposibilitaba.

(23) Américo A. Tonda, "Don Félix Frías"; Córdoba 1956, págs. 126 - 127.

Hasta el momento todos los intentos de derribar al gobernador de Buenos Aires habían fracasado por actuar en escenarios aislados, sin alcanzar repercusión en la mayor parte del país. D. José María PAZ, reflexionando sobre los errores ajenos, persigue una acción conjunta y simultánea promoviendo a un tiempo levantamientos en las distintas regiones argentinas: Litoral, Interior y Cuyo. Es por esto que apenas terminada la batalla, y desconociendo aún lo ocurrido dos meses antes, escribe al coronel Angel Vicente PEÑALOZA y al general Gregorio ARAOZ de LA MADRID encargándoles agitar las zonas del este (Mendoza y La Rioja) y del norte (Salta, Tucumán, Jujuy y Catamarca) respectivamente. Sin dejar nada al azar y planificando como sobre un tablero de ajedrez el instante del "jaque mate" definitivo, no descuidó en absoluto el centro geográfico del país: Córdoba, su provincia natal y donde, por otra parte, conservaba tantas influencias; y allí envía la columna del coronel SALAS. Lamentablemente los sucesos ya se le habían adelantado adversamente.

Simultáneamente, y un tanto al margen de estos hechos, el general PAZ concentraba sus miras en el litoral; aquí, eliminando el peligro que amenazaba a Corrientes, el siguiente intento se cernía sobre Entre Ríos y una vez conquistada ésta para la causa liberal, la ruta pasaba por Santa Fe, para reforzarse, y concluir en Buenos Aires. Desde luego que para que tales pasos se pudieran cumplir exitosamente la campaña debía reiniciarse de inmediato; sólo así sería factible aprovechar la confusión creada por la derrota, evitar la emigración que restaría hombres, bienes y ganado necesarios para la nueva empresa, y sorprender al gobernador porteño, antes que pudiera recibir el auxilio de su principal ejército mandado por ORIBE, al que PAZ aún creía en campaña por el norte del país.

FERRE en cambio, empeñado en salvar a Corrientes interpretaba a Caaguazú como la contrapartida de Pago Largo y el final natural de la guerra, al quedar restablecida la seguridad de la provincia y descartado (aunque momentáneamente) el peligro de un ataque a su pueblo.

Ambos justificaban en su memorias y sin contradecirse los respectivos procederes, poniendo de manifiesto la diferente for-

ma de encarar el asunto según las ideas y sentimientos propios de cada uno.

El brigadier D. Pedro FERRE actuaba como el gobernador de Corrientes, con patriotismo pero quizá demasiado aferrado a la concepción localista no veía más allá de esos intereses inmediatos que lo absorbían por entero y por los que se jugaba íntegramente; pero, anteponiendo siempre el bienestar de esa provincia con la que se creía obligado porque le había confiado sus destinos donde había nacido y formado su hogar, se dejó llevar — tal vez sin darse cuenta — por el exagerado amor al terruño, a la patria chica. El general PAZ obraba, sino con más patriotismo, con una visión más amplia y realista, entendiendo por patria a toda la República, sentía que su obligación era liberarla entera; Corrientes había sido el medio pero no podía ser el fin.

Fiel a su pensamiento de continuar la campaña, José María PAZ requería abundantes caballos, elemento de movilidad indispensable; y repitiendo constantemente sus pedidos reitera en cada uno un "leit motiv" que lo atormentaba continuamente: "nada es la victoria si no se saca fruto de ella".(24)

Si bien es cierto que los recursos de Corrientes eran muy limitados entonces, el gobernador FERRE — también consecuente con su postura — retarda el apoyo necesario para tomar la ofensiva. A pesar de ello, y para evitar que la inacción menoscabara el entusiasmo y disciplina de las tropas, el general PAZ decidió abandonar el campamento de Villanueva a mediados de diciembre y se aproximó a marchas lentas hasta el río Mocoretá, que señala el límite con Entre Ríos. Desde allí insiste una vez más:

"Mas que caminando, me he arrastrado hasta aquí, siempre con la esperanza de que me alcanzaran caballos, pero ni uno solo..."

"Si la falta de caballos es un mal, la demora es un cáncer que nos devora, y que nos concluirá. Viene la indisciplina y... la desertión. Pese usted, pues, todo, y ayúdeme a deplorar que hayan pasado treinta días desde la ba-

(24) Ferré, cit.; p. 717 (Apéndice Documental).

talla sin que hayan aparecido los caballos que estamos aún esperando". (25)

Pero nuevamente choca con la obstinación de D. Pedro FERRE. Toma cartas en el asunto D. Manuel LEIVA, quien interpone sus buenos oficios tratando de clarificar la situación; expone así su punto de vista a D. José María PAZ en una carta inédita que guarda su archivo:

"Es necesario que usted se convenza que no hay poder humano que persuada al señor gobernador de que los comandantes no han llenado su deber, cree firmemente y lo sostiene con calor que a este respecto están ya apurados todos los medios posibles y que absolutamente no han quedado en la provincia caballos útiles que mandar al ejército".

"Aseguro a usted también que esto lo sostiene de buena fe, porque así se lo aseguran los comandantes, y todos los comisionados que se han mandado al ejército..."

Y termina prometiéndole interceder en su favor: "no se lo que se le enviará ni lo que pedirá, pero me empeñaré en que se le satisfagan sus necesidades". (26)

Varios fueron los motivos esgrimidos por FERRE para mantenerse firme en sus convicciones, a pesar de la continua insistencia que lo acosaba a su alrededor. Cada vez que estaba a punto de ceder, una nueva razón lo detenía; por fin se decide y, explica en sus memorias:

"Contra mi natural opinión y modo de proceder, dí órdenes fuertes para proporcionar al general las caballadas necesarias para la movilidad de su ejército..."

Agregando de todas formas, un poco más abajo:

"...pero la epidemia que había en la provincia no permitió poderlas reunir tan pronto como el gobierno deseaba..." (27).

(25) Juan Beverina, "Las Campañas de los Ejércitos Libertadores"; Buenos Aires 1923, p. 187.

(26) Archivo General de la Nación, VII (1-7-5), carta del 7 de enero de 1842.

(27) Ferré, cit.; p. 136.

Demás está decir que la verdadera causa era su temor de que se repitiera el gesto de Lavalle, como luego veremos.

Recién a fines de enero de 1842 la vanguardia del general D. Vicente RAMIREZ logró ocupar la ciudad de Paraná. Los resultados de Caaguazú estaban a la vista; Pascual ECHAGÜE perdió la confianza de la Sala de Representantes, y finalizado (en diciembre) su cuarto período legal, ésta no vuelve a reelegirlo como era costumbre, sino que designa a su segundo, general Justo José de URQUIZA, quien ya se perfilaba como figura de primera línea.

El flamante gobernador ante las avanzadas enemigas se refugió temporariamente en la isla del Tonelero, lugar inmejorable pues le permitía mantenerse a salvo mientras alistaba las milicias para expulsar a los invasores de su provincia, y en caso de apuro podía buscar apoyo en Buenos Aires, que la tenía a un paso. Alejado aquél de la capital, la Legislatura, única autoridad existente, nombra para desempeñar provisoriamente el gobierno de la provincia al mayor D. Pedro Pablo SEGUI, evidentemente para congraciarse con el vencedor. Este breve interinato concluye con la elección de D. José María PAZ como gobernador propietario, el 12 de marzo.

No tardó en comprender el nuevo gobernante que ni desde la primera magistratura entrerriana le sería posible ejecutar sus proyectos. La fuerza donde sustentaba su poder y la última esperanza para realizar su anhelo era el ejército, sacado de la nada y organizado con tanta paciencia y dedicación; pero el ejército era correntino.

La tirantez entre los gobernadores que nos ocupan, y donde no estuvieron ausentes los tejes y manejes de RIVERA, se fue acentuando paulatinamente con el correr de los días, e hizo eclosión cuando D. Pedro FERRE quita todo apoyo material a Entre Ríos y retira las tropas para reorganizarlas en Corrientes. Es interesante meditar las reflexiones que lo impulsaron a ello y con las que se justifica por anticipado de las críticas más factibles:

“...yo abandoné al general PAZ, dejándolo entre los enemigos, expuesto a ser sacrificado por ellos; mas en este peligro debía haberse fijado el general más que yo, y de-

bía haberlo hecho antes de desertar de la provincia a que estaba sirviendo”.

Resulta oportuno destacar que D. Pedro FERRE consideró el nombramiento de José María PAZ como gobernador de Entre Ríos, un abandono manifiesto del cargo de comandante del Ejército de Reserva, del que por sus nuevas tareas no podía ocuparse ya como hasta entonces lo había hecho, y una deslealtad personal pues lo suponía subordinado suyo. Prosiguiendo con la transcripción:

“...¿Cómo podía yo evitar la marcha que se había propuesto seguir? ¿Querían que yo le dejara el ejército, o parte de él para su custodia, o para continuar las operaciones militares? Sólo a unas cabezas volcánicas podría ocurrírsele, que con los antecedentes que tenían los correntinos de los sucesos de LAVALLE y con lo que habían experimentado en las marchas de que ya he hablado, podrían pasar todos ellos quince días en el Paraná, sin que desertaran. Esto era inevitable, y en tal caso sería imposible volver a reunir el ejército, aún en el mismo Corrientes, por que la desmoralización que era consiguiendo... sería tal que perdiendo el respeto y la confianza que tenían en su gobierno, éste nada podría con ellos, y todo se acabaría por perder. El único modo de evitar este último mal fue retirar el ejército y en su país organizarlo” (28).

Sin duda nadie conocía mejor a los correntinos que su gobernador, pero éste tampoco intentó persuadirlos en contrario.

Así fue como D. José María PAZ, aislado en medio de una población que iniciaba abiertamente la resistencia, únicamente custodiado por un grupo de oficiales fieles y el cuerpo constituido por los entrerrianos prisioneros en Caaguazú, sin medios para subsistir en Paraná y lo que es más importante: sin ninguna posibilidad de continuar la cruzada que lo animaba, se refugia en el Estado Oriental; luego de un peligroso tránsito hasta el río Uruguay, salvándose milagrosamente de caer en poder de partidas federales.

(28) Idem.; págs. 157-158.

Efectos producidos:

Trasladándonos nuevamente a los países vecinos, difundidos allí estos hechos, en adelante las cartas de los proscriptos trocan la confianza en desesperación.

La decepción vuelve a ponerse de manifiesto en las líneas que constituyen la abundante correspondencia, intercambiada entre ellos como único consuelo. Así desde Valparaiso E. LINCH escribía al general ALVAREZ THOMAS en Montevideo, haciéndose eco de las cavilaciones de sus compañeros de destierro:

“...ahora me preluvió el juicioso PAZ una esperanza en Caaguazú, y ya en el primer escalón del manchado trono que ocupa el gaucho, y cuanto dos pasos más lo hubieran hecho descender, circunstancias como las anteriores cuando LAVALLE, nos hacen volver atrás” (29).

Relacionando estas desinteligencias con las de D. Juan LAVALLE y D. Pedro FERRE, en torno a la misión del Ejército Libertador, dos años antes; parece comprobarse que la verdadera causa reside en la cerrada actitud del gobernador de Corrientes. Para aliviar un poco la conciencia del vencedor de Caaguazú, D. Félix FRIAS — secretario y confidente de LAVALLE — le escribe desde Chuquisaca el 2 de mayo, subrayando una frase que pronunció su general, al enterarse de las primeras contradicciones entre PAZ y FERRE: “lo siento” dijo “pero eso me justifica” (30).

No faltaron no obstante, quienes pretendían aún solucionar el conflicto. Se sucedieron los intentos, pero las decisiones estaban irremisiblemente tomadas. El 22 de junio, el doctor Valentín ALSINA se dirige al gobernador correntino, pretendiendo persuadirlo, con la sinceridad que brota naturalmente del parentesco y la amistad, para que deponga su actitud; le decía:

“Mi distinguido primo:

“...ya no veo en lo pasado sino dos hechos tan evidentes como dolorosos, y tan dolorosos como aleccionadores. Primero que hubo desacuerdo entre usted y el ge-

(29) Museo Histórico Nacional; legajo 22, documento 2423.

(30) Juan B. Terán, “José María Paz”; Buenos Aires 1936, p. 101, nota 7.

neral PAZ, tenga de ello la culpa quien la tenga, en lo cual no me infiero; segundo que ese desgraciado desacuerdo ha hundido la causa en un abismo del que no puede ya salir sin sacrificios cien veces mayores que los que exigía cuando ella llegó triunfante a la Bajada”.

“...ustedes han tenido en sus manos la suerte de la patria; en sus manos se ha perdido; yo ignoro por quien, pero si veo que los partidos tomados esta vez en el sentido propio, no han influido ni podido influir en las resoluciones de ustedes”.

Más adelante, procura demostrarle que el general PAZ es una necesidad en el ejército, por su capacidad, porque ya lo conocen los correntinos, porque su solo nombre hace temblar al enemigo. Le da la solución, pero él debe ponerla en práctica dando el primer paso en pos de la anhelada reconciliación; y continúa:

“...el grande e inminente peligro que nos amenaza, exige el sacrificio de los odios, de las prevenciones, y sobre todo, el más difícil, el del amor propio”.

“En cuanto a PAZ, yo no encuentro en su historia ningún antecedente público y sabido que me haga temer que él esquive servicios que el bien público le exijan”.

Luego de analizar objetivamente la situación, de considerar las posibles causas que la originaron y de pensar el deprimidamente alcance de sus consecuencias, trata de abrirle los ojos a la realidad para que intente remediar en lo posible el daño realizado:

“Yo ruego a usted por la patria, por su propio nombre, que recapacite muy seriamente. Todos esperan de usted algo parecido a esto. Seguro estoy de que si lo medita y halla útil, lo hará; pues supongo en usted bastante magnanimidad para sacrificarlo todo a la patria...” (31).

Sería erróneo decir que ésta y tantas otras súplicas y pe-

(31) Ferré, cit.; págs. 911 a 914, (Apéndice Documental).

ticiones similares cayeron en el vacío; pero habiendo desaprovechado la oportunidad favorable, cuando algo consiguieron era ya demasiado tarde.

Por otra parte, sin estar aún definido el resultado de la guerra, el gobernador porteño vuelve a esgrimir su arma política preferida para silenciar al adversario: el terror del que echa mano en los momentos de mayor peligro. Y como durante la campaña lavallista en 1840, después de Caaguazú recrudesció en Buenos Aires el sistema de intimidación pública, desbaratando cualquier intento de rebelión.

Conclusión:

Como las antiguas ciudades griegas, los antirrosistas estrechan relaciones frente al enemigo común que se apresta a devorarlos. Sin embargo las cosas habían cambiado mucho: desde el tratado de Galarza (abril de 1842) el encargado de continuar las operaciones es D. Fructuoso RIVERA, nombrado por D. Pedro FERRE "Director de la Guerra", y a su disposición se ponen las fuerzas orientales, correntinas y santafecinas.

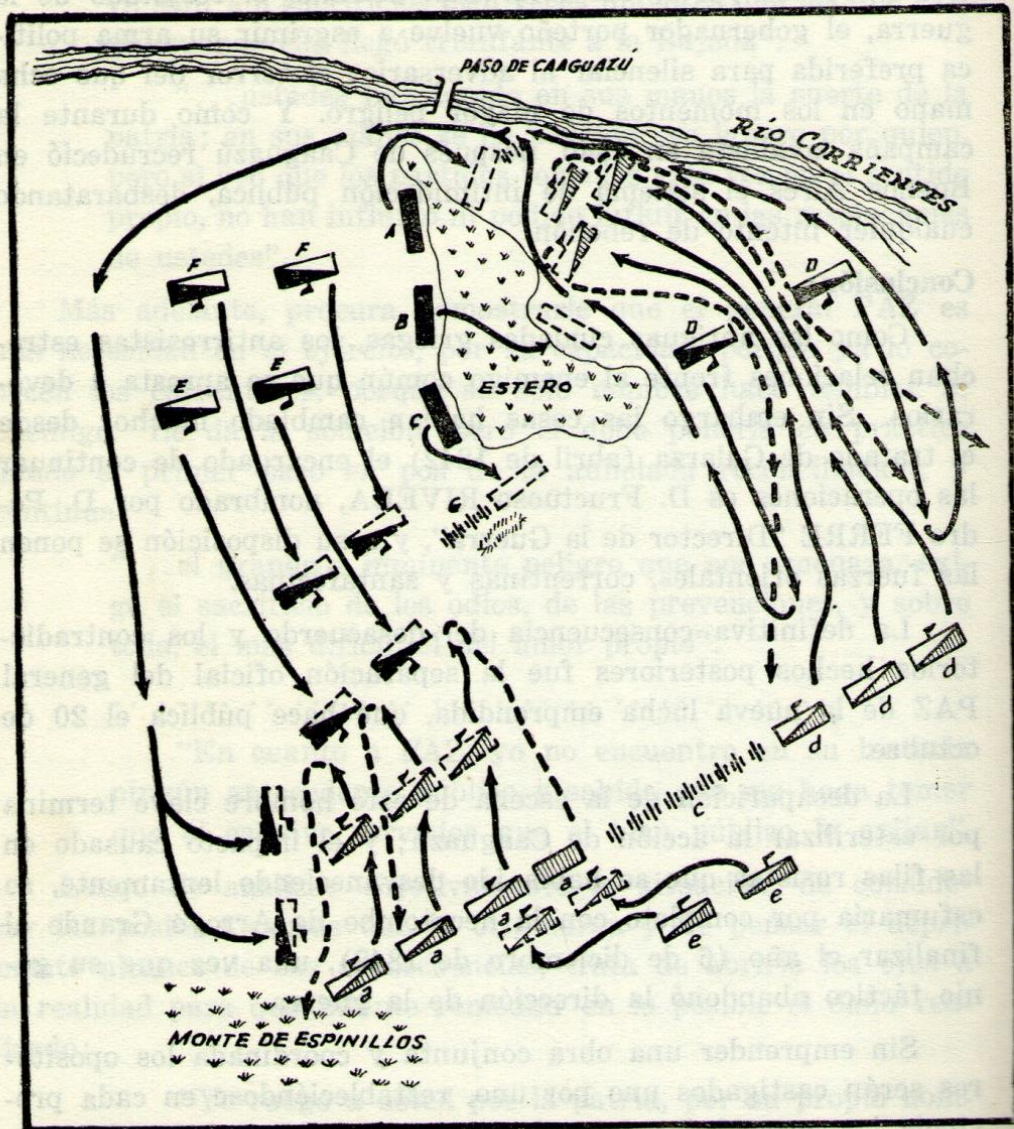
La definitiva consecuencia del desacuerdo y los contradictorios hechos posteriores fue la separación oficial del general PAZ de la nueva lucha emprendida, que hace pública el 20 de octubre.

La desaparición de la escena de este hombre clave termina por esterilizar la acción de Caaguazú; y el impacto causado en las filas rosistas que se había ido desvaneciendo lentamente, se esfumaría por completo con la hecatombe de Arroyo Grande al finalizar el año (6 de diciembre de 1842), una vez que su genio táctico abandonó la dirección de la guerra.

Sin emprender una obra conjunta y coordinada los opositores serán castigados uno por uno, restableciéndose en cada provincia las autoridades federales, sumisas colaboradoras del caudillo porteño; y vuelve a reinar así en toda la Confederación Argentina, con más fuerza que antes, la causa de don Juan Manuel.

A pesar de que el tiempo anuló el objetivo político de la victoria del 28 de noviembre de 1841, cuyo logro se obtuvo recién después de Caseros; Caaguazú seguirá siendo un modelo de técnica militar y un ejemplo de la manifestación del ingenio humano en el arte de la guerra.

PLANO DE LA BATALLA DE CAAGUAZÚ



REFERENCIAS:

	Artillería	A - Batallón Republicano	a - Caballería de Echagüe	} THORNE } PAZ } ECHAGÜE
	Infantería	B - " Voltigeros	b - Infantería	
	Caballería	C - " Cazadores	c - Artillería	
	Avance	D - División de A. Nuñez	d - Caballería de S. Gómez	
	Retirada	E - " de Ramirez	e - Reserva y Parque	
	Posición inicial	F - Reserva (Velazco)		
	en movimiento	G - Artillería (Picard)		

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- Angel Acuña:** "Provincia de Corrientes (1810-1862)"; en Historia de la Nación Argentina, Academia Nacional de la Historia, (Buenos Aires 1946), ed. El Ateneo, T. IX (Historia de las Provincias).
- Enrique Barba:** "Las Reacciones contra Rosas", en Historia de la Nación Argentina, Academia Nacional de la Historia, ed. El Ateneo, (Buenos Aires 1951). T. VII.
- Juan Beverina:** "Las Campañas de los Ejércitos Libertadores", ed. Ferrari (Buenos Aires 1923).
- Valerio Bonastre:** "El Ejército Libertador Correntino" ed. Coni, (Buenos Aires 1941).
- Antonio Cuyas y Sampere:** "Apuntes Históricos sobre la Provincia de Entre Ríos en la República Argentina"; ed. Mataró (Barcelona 1889).
- Antonio Díaz:** "Historia Política y Militar de las Repúblicas del Plata"; ed. El Siglo, (Montevideo 1878) T. V.
- Wenceslao Domínguez:** "Ferré, Paz y el Ejército de Reserva", ed. Coni, Buenos Aires 1942).
- Pedro Ferré:** "Memorias"; ed. Coni, (Buenos Aires 1921).
- Gregorio La Madrid:** "Memorias", ed. Eudeba, (Buenos Aires 1968), T. II.
- Manuel F. Mantilla:** "Crónica Histórica de la Provincia de Corrientes"; ed. Espiasso (Buenos Aires 1929), T. II.
- Benigno T. Martínez:** "Historia de Entre Ríos"; ed. Rosso (Paraná 1910), T. II.
- José María Paz:** "Memorias Póstumas"; ed. Tarzo (Buenos Aires 1954), T. II.
- Adolfo Saldías:** "Historia de la Confederación Argentina"; ed. El Ateneo, (Buenos Aires 1951), T. II.
- Juan B. Terán:** "José María Paz"; ed. Cabaut (Buenos Aires 1936).
- "El General Paz desde su evasión hasta su Muerte"; ed. Hachete, (Buenos Aires 1936).
- Américo A. Tonda:** "Don Félix Frías, secretario del general Lavalle"; ed. Argentina Cristiana (Córdoba 1956).
- Jacinto Yaben:** "Bosquejo Biográfico del General Martín de Gainza seguido de las Memorias Inéditas de éste"; ed. Contreras, (Buenos Aires 1946).

REVISTA DE LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA

AÑO I
NUMERO 400

MAYO - JUNIO
1972



SUMARIO

<p>Director: Coronel José Teófilo Goyret</p> <p>Jefe y Secretario de Redacción: Mayor Federico A. Minicucci</p> <p>Diagramador y Corrector: Norberto Giuliani</p> <p>Auxiliar del Corrector: Sra. Lilitana Díaz de Obregón</p>	<p> ✎ MEDIO SIGLO 11 La Dirección. </p> <p> ❖ LA IMAGINACION EN EL OFICIAL DE ESTADO MAYOR 13 General de Brigada (RE) Juan Carlos Cordini. </p> <p> ❖ LA GUERRA ENTRE INDIA Y PAQUISTAN ... 17 General de División (RE) Juan E. Gugliamelli </p> <p> ❖ ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE ESTRATEGIA OPERACIONAL 69 Teniente Coronel Ernesto H. Repetto Pelaez. </p> <p> ❖ OPERACION BARBARROJA 77 Teniente Coronel Rodolfo A. Campos. </p> <p> ❖ EL PLAN SCHLIEFFEN Y LA BATALLA DEL MARNE 103 Teniente Coronel del Ejército de Chile, Edmundo González Salinas </p> <p> ❖ EL PENSAMIENTO HISTORICO OPERACIONAL DE HALDER 119 Teniente Coronel Federico G. Landaburu. </p> <p> ❖ EL VALOR DE LA ARENGA NAPOLEONICA.. 147 Mayor Pascual O. Guerrieri y Señor Luis Bertone Des Balbes. </p> <p> ❖ EL EJERCITO ALEMAN, ARMA POLITICA DEL ESTADO 171 Mayor Salvador R. Larocca </p> <p> ❖ EL ARTE DE LA GUERRA EN LA ERA NUCLEAR 181 Leo Hamon. </p> <p> ❖ SAN MARTIN EN EL PERU: CONSTITUCION Y MONARQUIA 201 Doctor Salvador María Lozada. </p> <p> ❖ LA CAMPAÑA DE CAAGUAZU 235 María Esther Albónico. </p> <p> ❖ CRONICA 261 </p> <p> ❖ INDICE AÑO 1971. 265 </p>
--	--

Los colaboradores son enteramente responsables de los juicios y opiniones por ellos vertidos; por lo tanto, cuando no sean artículos de la Dirección, ellos no representan necesariamente el pensamiento de la misma.